

# I

## *Introducción: el padrenuestro*

*E*l Domingo de Pascua del año 2007, el diario *Los Angeles Times* publicó que dos mil millones de personas de todo el mundo habían compartido la poderosa oración del padrenuestro. Aquel día cerca de *una tercera parte de la población del planeta* había rezado esta oración en su propia lengua como una expresión de fe.

Aunque los cristianos están divididos desde la aparición de las diferencias teológicas, esta oración los une a todos. El contenido del padrenuestro trasciende los dogmas o la política. Aun cuando las distintas confesiones tienen pequeñas variaciones, las palabras esenciales y las enseñanzas del padrenuestro siguen siendo las mismas desde el día en que Jesús las ofreció por primera vez a sus discípulos. A pesar de que los dos mil millones de personas que se hacen llamar cristianas tienen más cosas diferentes que coincidentes, esta oración es el punto en común que tienen. Jesús nos ha dado una oración tan universal e impactante que ha durado miles de años y superado las pruebas más duras. No es sólo indeleble, sino además eterna.

El padrenuestro es hoy día, como cuando Jesús vivía, la fórmula incorruptible para que se dé una transformación tanto a nivel personal como mundial.

La mayoría de cristianos aprenden el padrenuestro en la infancia y lo recitan de memoria. Está tan grabado en nuestra memoria que lo recordamos sin necesidad de pensar en él.

Y aquí está precisamente el problema: *ni siquiera tenemos que pensar en él.*

Aunque la mayoría de nosotros podamos recitar de un tirón esta insuperable oración y sepamos que es la piedra angular del cristianismo, esto es todo cuanto conocemos de ella. Muchos de nosotros hemos olvidado el extraordinario poder y significado de sus palabras, si es que alguna vez hemos pensado en ellas. Yo aprendí el padrenuestro en el parvulario a los tres años, muchos años antes de saber siquiera lo que querían decir unas palabras como *santificado, ofensas* o *tentación*. En mi clase no había un solo niño que supiera el significado de la oración y, sin embargo, todos éramos capaces de rezarla sin equivocarnos cuando rezábamos juntos. Nos enseñaron a decirla de carrerilla, como unos obedientes loritos que habían aprendido a recitar una sarta de palabras después de repetir las infinidad de veces, sin comprender lo que aquellas extrañas sílabas querían decir.

De pequeña no me enseñaron en absoluto el origen de la oración, y aunque alguien hubiera intentado explicárnoslo, éramos demasiado pequeños como para considerarla una práctica espiritual dinámica y una receta infalible para crear una vida plena y feliz.

Crecimos sin saber nunca que Jesús nos estaba dando con el padrenuestro la fórmula para que se manifiesten los milagros no sólo cuando más los necesitábamos, sino también en nuestra vida cotidiana.

Cuando entrevisté a un grupo de cristianos de distintas

confesiones elegidos al azar, me quedé atónita al ver que muy pocos de ellos sabían siquiera que esta oración provenía directamente de Jesús. «¡No sabía que el padrenuestro lo hubiera compuesto Jesús!», exclamaban todos sorprendidos. Incluso algunos practicantes devotos se me quedaron mirando asombrados al enterarse. Algunos no me creían ni siquiera cuando les mencionaba las citas del Evangelio que lo atestiguaban. Uno de ellos exclamó contrariado: «¡En el colegio no nos lo enseñaron!», como si esta clase de omisión fuera inusual en la educación espiritual.

Pero Jesús es el autor de este camino construido a la perfección que lleva al cambio espiritual. En el Nuevo Testamento, el padrenuestro se encuentra en el Evangelio según Mateo (6, 9-13) como parte del Sermón de la Montaña, y también en el Evangelio según Lucas (11, 1-4), cuando uno de los discípulos le pide a Jesús: «Señor, enséñanos a orar». Y así lo hizo, nos dio su más preciado tesoro: una serie de indicaciones sencillas e inalterables, en forma de oración, para descubrir el verdadero secreto de cómo llevar la vida que deseamos: una vida llena de amor, felicidad, y sí, incluso de riqueza. La oración nos muestra que todos estos maravillosos regalos surgen de una creciente fe: la fe en Dios, la fe en nosotros mismos y la fe en nuestros semejantes, en este orden.

El padrenuestro trata las cuestiones que más nos duelen, confunden e impiden progresar, y nos permite ver la forma de superar estos obstáculos. La oración es la guía para purificar nuestro espíritu de todo lo que nos perturba e impide ser unos seres humanos «plenamente realizados», es decir, unos seres humanos que manifestamos nuestro potencial más elevado, un potencial que nos lleva directamente a la felicidad y la

abundancia. Rezar el padrenuestro a diario como una práctica espiritual crea un verdadero y duradero cambio en el alma, un cambio que se hace evidente en formas muy terrenales y visibles.

Cuando rezamos la oración con fe y determinación, sus palabras son mágicas en el sentido literal.

En la víspera de mi trigésimo cumpleaños, en la primavera de 1993, me ordenaron como pastora religiosa para expresar que me comprometía a estudiar y comprender las enseñanzas de Jesús. Al cabo de quince años, después de leer miles de páginas y de cientos de horas de apasionadas discusiones, he llegado a lo que algunos posiblemente consideren una visión simplista y quizá polémica de las enseñanzas cristianas. Tengo la convicción de que si estudiamos y seguimos a rajatabla el padrenuestro, las bienaventuranzas, un puñado de parábolas y lo que Jesús nos dice en el Evangelio según Mateo (22, 37-39): *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente y Ama a tu prójimo como a ti mismo*, tendremos todo cuanto necesitamos para llevar una vida perfecta y fomentar la paz en la Tierra. Pero el regalo más preciado, la fuente de donde manan todas las bendiciones, es el padrenuestro. Aunque los otros elementos nos enseñen unas valiosas lecciones espirituales, esta maravillosa oración es la herramienta que nos conecta de manera automática y directa con la fuente que hay en nuestro interior: la fuente de la fe, la fuente del amor, la fuente del perdón. Y al combinarlas, nos permiten hacer verdaderos milagros.

Mi propia vida se ha transformado de una forma espectacular desde que recito el padrenuestro a diario como una práctica espiritual. Gracias a ello he podido presenciar los aconte-

cimientos más milagrosos, incluyendo maravillas que tienen que ver con la vida y la muerte. He sido bendecida con una abundancia y dicha extraordinarias. Pero no siempre fue así.

Para mostrarte cómo descubrí que el padrenuestro es la fórmula para una transformación espectacular —y cómo tú también puedes experimentarla—, te llevaré primero al pasado, por las puertas cerradas con llave de una sociedad secreta, al corazón de una escuela de misterio medieval.

Pero primero debo introducirte en el misterio de la Rosa de Seis Pétalos.



## II

### *El misterio de la rosa de seis pétalos*

LOS ÁNGELES,  
17 DE AGOSTO DE 2001

Nuestro precioso bebé varón iba a morir en una hora.

Esto es lo que los médicos nos dijeron. Y si yo les hubiera hecho caso, mi hijo seguramente habría muerto tal como nos habían pronosticado. Pero no les creí, y mi bebé sobrevivió gracias a lo que la rosa de seis pétalos me había enseñado.

Shane Francis, el más pequeño de nuestros tres hijos, nació una tarde de agosto de 2001 en perfectas condiciones y sano. O al menos eso fue lo que creímos. Pocas horas después de su llegada al mundo le costaba un poco respirar, pero nos dijeron que era algo habitual en un bebé nacido por cesárea. Nadie le dio importancia. Lo metieron en una cámara de oxígeno y lo dejaron en observación en la unidad neonatal durante varias horas.

Pero de pronto se puso morado y luego adquirió una espantosa palidez cadavérica. Ya no era capaz de respirar por sí solo. Los pulmones le dejaron de funcionar. Más tarde descubrimos que había nacido con una enfermedad en ocasiones mortal que impedía que los pulmones se pudieran expandir.

Pero esto no era lo que más nos preocupaba. La crisis vino al comprender que no había recibido el suficiente oxígeno durante varias horas. Lo cual le había producido unos daños irreparables en sus órganos de recién nacido, incluyendo el cerebro.

Aunque el hospital de las afueras donde Shane nació tuviera una unidad de cuidados intensivos neonatales (UCIN), cuando lo transfirieron a aquella sección, los médicos no eran demasiado optimistas sobre sus probabilidades de sobrevivir. Mi hijo no respondía a ninguno de los respiradores a los que le conectaron, simplemente era demasiado tarde para salvarlo.

Los médicos de la UCIN creyeron que se encontraban ante un caso muy comprensible de negación materna cuando yo les aseguré que estaban equivocados. Por eso nos enviaron a un afable asistente social del hospital para que «nos asesorara». Es decir, su trabajo consistía en asegurarse de que comprendíamos que nuestro hijo estaba a punto de morir.

«No ha sido culpa suya», me aseguró aquel bienintencionado hombre dándome unas palmaditas en la espalda. «Usted no lo ha causado. No es más que una de esas cosas que no podemos prever. Pero si conoce a un sacerdote, un pastor o un consejero espiritual, le sugiero que le llame ahora para que le ayude a superarlo. A su hijo sólo le quedan unos minutos de vida.»

Sé que lo hacía por mi bien, pero lo único que yo quería era que se callara de una vez. Estaba furiosa por que hubieran considerado a mi hijo un caso perdido, por que actuaran como si ya estuviera muerto cuando aún seguía con vida en la misma sala en la que nos encontrábamos.

Pero yo también sabía algo que ellos ignoraban. Sabía que

mi hijo viviría, a pesar de lo que dijeran, porque lo había visto mientras rezaba en el centro de un laberinto tres meses antes. En realidad, seis años antes había vislumbrado ya los milagros que ocurrirían, cuando me encontraba a nueve mil kilómetros de distancia de mi país en una catedral de Francia.

### CHARTRES, FRANCIA, MAYO DE 1995

La leyenda cuenta que cuando Napoleón irrumpió en la catedral de Notre-Dame de Chartres por primera vez, se paró en seco impactado por el magnífico lugar. Se quedó callado —algo muy raro en él—, y mientras echaba un vistazo a su alrededor captando la majestuosidad, el arte y la santidad de la catedral, anunció a su séquito con voz entrecortada: «Chartres no es lugar para un ateo».

Siento no estar de acuerdo con él. Creo que Chartres es el sitio perfecto para un ateo. La maravillosa y elegante estructura de la catedral tiene el suficiente potencial para convencer incluso al escéptico más empedernido de la presencia de Dios. Si existe en el mundo un monumento divinamente guiado e inspirado para ilustrar el concepto de «en la tierra como en el cielo», ése es la catedral de Chartres.

La primera vez que la vi fue mientras me encontraba a treinta kilómetros de distancia, conduciendo por Francia «casualmente» el día de la Madre en 1995. Los desiguales aunque magníficos chapiteles de la catedral se elevaban hacia el cielo desde la cima que ha sido sagrada para la humanidad durante miles de años. Describir de manera detallada la majestuosidad de Chartres va más allá del propósito de este libro; incluso

puede que no encontrara las palabras adecuadas para hacerle justicia. Orson Welles, que sabía bastante sobre las obras geniales, dijo que la catedral de Chartres era «la obra más importante del género humano [...], una celebración de la gloria de Dios y de la dignidad del hombre». Ahora que he visto los milagros que surgen de un lugar como éste, su descripción me parece perfecta.

Pero en mayo de 1995 yo era más una turista que una peregrina. Ser una peregrina comportaba saber lo sagrado y especial que era aquel lugar cuando decidí visitarlo, y ése no fue por desgracia mi caso. Aunque en aquella época sabía que la catedral era un patrimonio nacional por su maravillosa arquitectura de ochocientos años de antigüedad y los cientos de magníficos vitrales, todo cuanto conocía de ella provenía de un par de párrafos que había leído en una guía turística de París.

Entré por primera vez en la catedral por el majestuoso portal de la parte oeste, bajo un impresionante relieve de Cristo entronizado. Di un grito ahogado de asombro al contemplar la inmensidad del lugar, la increíble cantidad de elementos de una espectacular belleza que contenía.

Como les ha ocurrido y les ocurrirá a tantos otros turistas, después de entrar en la catedral apenas bajé la vista. Los maravillosos vitrales se encuentran a muchos metros de altura, haciendo que los visitantes choquen unos con otros mientras los contemplan extasiados con la cabeza alzada. En aquella época no sabía algo que se convertiría en parte de mi vida: que el esplendor del suelo que había bajo mis pies era tan magnífico como el que se alzaba sobre mi cabeza. Desgraciadamente, la mayoría de visitantes no llega a descubrir nunca este secreto que puede cambiarles la vida.

Pero al entrar en la catedral me llamó la atención una extraña composición trazada en el suelo. Como algo en mí me decía que era importante, me detuve a observarla con más detenimiento. Incrustado en medio del suelo de piedra había un gran mosaico, lo suficientemente grande como para que cupieran al menos diez adultos de pie en él. Era una especie de flor, una rosa con seis pétalos redondeados y un círculo en el centro. Como la mayor parte de la antigua composición estaba cubierta de hileras de sillas, resultaba difícil verla en su totalidad. El resto del dibujo que rodeaba la flor se extendía hasta una gran parte del suelo de la inmensa nave, pero al estar también cubierto de sillas, me fue imposible ver qué representaba. La parte visible del dibujo era hermosa y elegante y al mismo tiempo curiosa. Fui al centro del círculo, al corazón de la rosa, porque era la única zona que no estaba cubierta de sillas.

Me quedé plantada allí, respiré hondo... y caí de rodillas. Una cálida oleada de energía me inundó y tiró con fuerza de mí haciendo que me postrara en el suelo. Como la cabeza me estuvo dando vueltas durante un buen rato, me vi obligada a sentarme en unas sillas de madera que cubrían el resto del mosaico de la rosa. Cuando el mareo desapareció, descubrí que el mosaico me producía una profunda fascinación.

Mucho tiempo después de regresar a Estados Unidos, no podía dejar de pensar en la rosa del suelo de la catedral. La fascinación que me causaba se convirtió en una obsesión que me llevó a una búsqueda espiritual maravillosa e inesperada. Se convertiría en un viaje de por vida, en un viaje que aún sigo haciendo ahora.

Mientras intentaba comprender el misterio de la rosa de

seis pétalos, descubrí que la imagen era el punto central de un enorme laberinto de unos trece metros de diámetro que se extendía en el suelo de la catedral. Los grandes constructores de catedrales góticas de Francia habían instalado laberintos en los suelos de muchos de sus monumentos, aunque sólo han sobrevivido unos pocos. Son unas elaboradas composiciones construidas con gran precisión geométrica por unos expertos arquitectos. A veces nos referimos a ellas como laberintos, pero esta palabra induce a error, ya que los laberintos son unos lugares donde la gente se pierde; en cambio, en los de las catedrales, uno se encuentra a sí mismo.

Los expertos en la materia o los teólogos nunca se han puesto de acuerdo sobre el propósito de los laberintos de las catedrales francesas. Algunos de ellos afirman que representan un camino metafórico hacia la Tierra Santa para aquellos que en la Edad Media no podían hacer aquel peregrinaje. Otros, yo incluida, creemos que se crearon como un instrumento para orar, como un camino que recorreremos rezando y que conduce a un centro donde Dios nos está esperando. Esta clase de laberintos sólo tienen un camino que conduzca al punto central, el *sanctasanctórum* reservado a la oración. Aprendí que la singularidad de la catedral de Chartres se debe a que contiene el único laberinto medieval donde el centro está representado por una rosa de seis pétalos.

A principios de la Edad Media, y quizá mucho antes, había una gran escuela espiritual en Chartres. Fue un centro dedicado tanto a la teología como al misterio que ahora se ha convertido en material de leyenda. La escuela estaba formada por un grupo ecléctico de licenciados y profesores que contaba con santos, místicos, filósofos, políticos, e incluso con unos pocos



*El laberinto de Chartres y la rosa central de seis pétalos*

desacreditados herejes. Aunque la mayoría de las enseñanzas impartidas en la catedral de Chartres no hayan sobrevivido al paso del tiempo y formen parte del pasado, se conservaron algunos poderosos vestigios de las enseñanzas más místicas que están al alcance de cualquiera que profundice lo suficiente en ellas.

    Mi propia búsqueda fue incesante.

    A lo largo de mi camino tuve la suerte de encontrar unos maestros que me invitaron a viajar por el tiempo y a cruzar las antiguas puertas de la escuela de misterio de Chartres. Me enseñaron los secretos del laberinto, y me mostraron que la rosa del centro es un portal que lleva al tesoro más esencial e invaluable: la transformación espiritual.

    En las siguientes páginas compartiré algunas de las lecciones más poderosas y transformadoras de Chartres, pero la esencia de lo que descubrí en ella es ésta:

*El secreto de la rosa de seis pétalos es su perfecta correlación con el padrenuestro. Cada pétalo representa una distinta enseñanza de la oración, y el círculo central simboliza la esencia y la fuente del AMOR, ya que para sentirnos realizados, el amor debe estar presente en todos los aspectos de nuestra vida. La rosa es el símbolo de la práctica espiritual perfecta que nos dejó Jesús. Constituye el mapa de la fuente de los milagros.*

La rosa del centro del laberinto de la catedral de Chartres es el corazón de un templo inigualable construido para rendir homenaje al poder de la oración. Era fundamental en las enseñanzas de la escuela de misterio medieval, y en esta tradición cristiana tan poderosa y sagrada que hemos estado a punto de perder en los tiempos modernos.

Durante mis estudios aprendí a usar el padrenuestro como una práctica diaria, tal como hacían los estudiantes de la escuela de misterio de Chartres. Desde que he incorporado la oración a mi vida cotidiana, ya no he vuelto a ser la misma, ni quiero serlo. Esta práctica me ha devuelto la fe en Dios, en mí misma y en mis semejantes.

Las revelaciones del padrenuestro que me esperaban en aquella rosa mística han cambiado irrevocablemente el curso de mi vida y el de las personas que me rodean. También hizo el milagro de salvarle la vida a mi hijo recién nacido.

SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,  
MAYO DE 2001

Ocurrió también en el día de la Madre, aunque seis años más tarde, a nueve mil kilómetros de distancia de Chartres. Había

ido a visitar a mi querida amiga Stacey en el área de la bahía de San Francisco en el norte de California. No había sido una casualidad que Stacey me hubiera acompañado en aquel profético viaje a Chartres en 1995. Y a ella, igual que a mí, también la habían cautivado los laberintos y todo cuanto ofrecían relacionado con el progreso espiritual por medio de la oración y de la meditación mientras se camina. Aquel domingo del día de la Madre, Stacey y yo subimos la empinada colina donde se encuentra la catedral de Grace de San Francisco, un monumento que no contiene una, sino dos réplicas perfectas del laberinto de Chartres y de la rosa central de seis pétalos: una en el interior y otra en el exterior. Teníamos la intención de recorrer ambos laberintos, cada una por nuestras propias razones. Como yo esperaba un hijo, me faltaba poco para los cuarenta años y había sufrido terribles abortos espontáneos, estaba muy preocupada por mi embarazo. Quería caminar por el laberinto sobre todo para pedir que mi bebé naciera sano y sin problemas.

También deseaba recibir una guía para el libro que estaba escribiendo, una novela sobre la inspiradora vida de María Magdalena y su singular relación con Jesús. Aquel libro constituía un reto para mi fe a varios niveles. Como escribir sobre la vida de Jesús era una responsabilidad muy grande, a veces me abrumaba. Además, mis investigaciones sacaron a la luz detalles extraordinarios sobre el papel de María Magdalena en la vida de Jesús y su ministerio, detalles que no se encuentran en las fuentes tradicionales o académicas. ¿Tendría el valor de escribir la verdad de lo que había descubierto? ¿Y los milagros que Jesús había hecho? ¿Cómo podía representar aquellas escenas en la novela como si fueran reales cuando

creía que las consideraban simbólicas o alegóricas? Esperaba superar estos retos creativos y espirituales a través del proceso medieval de la oración. Aunque entonces no podía ni llegar a imaginarme cómo Dios iba a iluminarme.

Cuando entré en el laberinto de la catedral de Grace y recorrí los once serpenteantes circuitos, estaba embarazada de seis meses. Al llegar a la rosa, mientras pasaba por los pétalos, recé con toda mi alma para que mi hijo naciera sano. Cuando llegué al centro me ocurrió algo que nunca había experimentado en el laberinto: tuve una visión de María Magdalena esperándome en él. Y oí su voz, alta, clara e insistente, diciéndome: «Tu bebé estará bien, aunque te digan lo contrario. Serás puesta a prueba, pero debes saber que sobrevivirá y superará las dificultades totalmente. No creas que será de otro modo y no te rindas nunca. A pesar de lo que ocurra, debes tener fe en esto».

## LOS ÁNGELES, 17 DE AGOSTO DE 2001

Tres meses más tarde, mi diminuto y perfecto bebé estaba en la incubadora cubierto de innumerables tubos y agujas sin que éstos le ayudaran en lo más mínimo.

«Nadie tiene la culpa», me dijo el asistente social de nuevo, intentando convencerme de que mi hijo iba a morir y de que el hospital no era responsable de ello. Pero yo ya no le escuché. Sólo oía la firme voz femenina que tres meses antes me había dicho en el laberinto: «Serás puesta a prueba, pero debes saber que sobrevivirá y superará las dificultades totalmente. No creas que será de otro modo y no te rindas nunca. A pesar de lo que ocurra, debes tener fe en esto».